

REINA POR UNA HORA QUIEN FUERA REINA POR MUCHOS AÑOS

Por Carlos Robreño

rept. 29/957
Hace algunas noches se presentó ante las cámaras para ser observada por miles de televidentes en uno de esos programas destinados, de acuerdo con la moral cristiana, a socorrer al necesitado, una mujer de aspecto agradable, de pelo cano y de obesa humanidad, dejando adivinar, a través de los cristales de sus espejuelos el brillo de unos ojos, que acaso un tanto opacados por el paso de los años, conservaban algo de aquel fulgor que entusiasmara a los habaneros de otras épocas.

Aunque de modesta presentación, iba humildemente a aspirar al honor de ser "reina por unos minutos", no con objeto de satisfacer una necesidad propia, sino de docenas de enfermos que padeciendo del mal de Lázaro viven dentro de los límites de una finca cercana a la capital, pero alejada de la sociedad, convertida en hospital. Ellos en tal aislamiento anhelaban tener a su disposición un proyector de películas cinematográficas, a fin de buscar en determinados momentos una distracción que alejara de sus espíritus la honda tristeza que produce en todo ser humano una dolencia incurable.

Quien acudió allí, piadosamente, a optar por el título de "Reina por unos minutos" era sencillamente, quien hace algunos lustros, fue Reina durante muchos años, ocupando el trono de la escena teatral cubana, mientras miles de admiradores sea postraban de hinojos ante su belleza femenina y sus excepcionales dotes artísticas de incomprensible procedencia, pues no fueron heredadas, ni adquiridas en academia alguna.

Y Luz Gil —de ella estamos hablando— la esplendente figura del teatro vernáculo, la mujer bella de otros días, el alma piadosa escondida entre las morbideces de un cuerpo escultural que la llevaba a repartir, cuando por sus manos corría oro de una próspera época de nuestra historia, unas cuantas monedas entre los desheredados de la fortuna que a ella acudían; la que ya cuando vió asomar a su cabellera las primeras hebras de plata prohibió a una niña de pocos años con objeto de educarla e instruírla dentro de un ambiente decoroso; la que, desde un día que observó en sus manos un pasajero mal, prometió —y lo ha cumplido siempre—, proporcionarle a los que no alcanzaron su misma suerte, un socorro o un rato de esparcimiento; Luz Gil, en fin conquistó, ya en el otoño de su vida, una satisfacción más honda seguramente que la que le producían en su pasada juventud los aplausos con que premiaban su labor artística y los requiebros y halagos que provocaba su espléndida hermosura. Era proclamada "Reina por unos minutos" en un moderno programa de Televisión y había conseguido el proyector cinematográfico que ansiaba para unos desdichados enfermos.

Nativa de las vecinas tierras mexicanas, desde la sonriente Veracruz, Luz Gil vino a Cuba muy joven, cuando apenas habían asomado en ella los inconfundibles síntomas de la pubertad. Poseedora de una bella y fresca voz, alguien al oír la incidentalmente cuando actuaba en la escena del teatro "Molino Rojo", donde se cultivaba el género drolático, aunque de menos categoría que en "Alhambra", la recomendó a la empresa de este último coliseo y tanto Regino López, como Federico Villoch, tras una pequeña prueba aceptaron la recomendación, convencidos de que había caído en sus manos un diamante sin tallar, pero joya valiosa al fin.

Sin haber pasado en su niñez por aulas docentes, ni más tarde por salones aristocráticos, el carácter bastante brusco, acaso cerril de la "Mejicana", como en seguida le apodaron sus compañeros artistas, resultaba pintoresco y se le observaba con cierto interés cuando se le señaló como obra de debut en la catedral del género vernáculo un sainete de Manuel de Mas y Antonio López de Loyola —el popular "Calvo" López—, titulado "Los habitantes de la Luna".

Tropezóse entonces con una gran dificultad. Sabido es que al empezar los ensayos musicales de una obra próxima a estrenarse, se acostumbra a repartir entre las figuras líricas que han de interpretar dicha partitura los papeles en que está escrita la letra —los cantables, como se dice en el argot teatral— de lo que de entonces y estos artistas agrupados ante las primeras sesiones en torno del



autor de la partitura o del maestro de ensayos que lentamente sobre el teclado, imprime sonoridad a las notas escritas en el pliego pautado mientras los cantantes van injertando en la melodía las palabras escritas en el papel que se les ha proporcionado.

Luz Gil, poseedora de exuberante belleza en lo físico, como de un noble corazón en lo espiritual según ha podido demostrar con el tiempo; dueña de una voz privilegiada y sintiendo palpitar en su seno innatas cualidades histrionicas, carecía sin embargo de la más elemental instrucción. Y tímidamente, quizás avergonzada, minutos antes de comenzar el primer ensayo de "Los habitantes de la Luna" tuvo que confesarle al maestro Jorge Anckermann aquel secreto.

El fecundo compositor, hombre de mundo, dióse cuenta de la situación y ante la extrañeza de todos los que se disponían a realizar el primer ensayo, cambió el sistema, se convirtió en un apuntador musical anticipando de viva voz el texto del cantable y rítmicamente exclamó:

*"Oye mi clave, sonora,
oye mi clave:
el encanto que atesora,
es dulce y suave..."*

Tras su triunfo lírico en la primera obra que se presentó sobre el escenario alhambrero, los autores que allí cultivaban con singular acierto el sainete, creyeron advertir en la joven debutante otras facultades y a fe que no se equivocaban. Desde los tiempos de Elvira Meireles, en aquellos gloriosos "bufos", jamás una artista, según el decir de los que alcanzaron tan lejanas épocas, había dado vida con tanta brillantez al exótico personaje de la mulata sandunguera del ambiente cubano. Y Luz Gil siguió una y otra vez, como protagonista de "La Prieta Santa", "Las Chancleras", "La Chambelona", "Montada en flan" y otras divertidas producciones de Manolito Mas, el "Calvo" López, Armando Bronca, Agustín Rodríguez y demás maestros se semejante estilo.

Mas todas esas presentaciones ante la clientela del "Alhambra" tenían que someterse previamente al proceso preparatorio de los ensayos de que ya hemos hablado y en los cuales, la "Mejicana" debía escuchar de viva voz el contenido literario de los cantables.

Un día, sin embargo, después de procederse al rutinario reparto de papeles, Luz Gil visiblemente ofendida por la omisión de que había sido objeto en dicho trámite, increpó a Anckermann:

—Maestro: usted no me ha dado el papel a mí.

—¿A W?... ¿Lo estás diciendo en serio?

—Sí, maestro: yo quiero también mi papel, porque ya... ya aprendí a leer...

Y la emoción estuvo a punto de truncar la frase en la garganta de la artista que alcanzó el máximo esplendor de su gloria, cuando en "El Rico Hacendado", la afortunada opereta del fecundo Federico Villoch, musicalizada por Anckermann, dió muestra de su gran ductilidad en la escena mostrándose en distintos momentos de la trama, como niña ingenua de sociedad, como picaresca cocotte en pleno baile de máscaras en la Gran Opera de París y por último, como seductora odalisca entre los espesos muros de un harem otomano.

Consagrada ya, la figura de Luz Gil, mujer y artista, se paseaba envuelta en cendales de admiración por todos los escenarios donde se rindiera culto a nuestro teatro folklórico y después de un esplendente reinado que duró varios años —acaso un cuarto de siglo— la que hace pocas horas fuera denominada modestamente en un programa de Televisión, "Reina por unos minutos", ofrecía todavía al público habanero una vigorosa interpretación de "Guama", la vieja india, en una adaptación escénica que de la novela "El Penitente", de Cirilo Villaverde hiciera Federico Villoch para estrenar en el histórico "Martí", durante la esforzada temporada que en dicho coliseo rindiera en circunstancias excepcionales otra destacadísima figura del género vernáculo, nuestro entrañable amigo Agustín Rodríguez.

2

ca Cómica" era esperada ávidamente todos los viernes aun en los más apartados rincones de nuestro territorio, puesto que "La Política Cómica" había llegado a ser el órgano oficial del guajiro cubano.

Aquellos sobrenombres de "Tiburón", el "Chino", el "Mayoral", "Mamendi" y otros aplicados a nuestras más destacadas figuras nacionales surgieron de las caricaturas que cada siete días aparecían en ese semanario y que luego repetía la voz popular.

X X X

"Confetti" un chispeante semanario que fundaron Mario Vittoria y Paco Sierra, con la colaboración eficaz de Chamaco Longoria y Pepe Elizondo hizo las delicias del público criollo, allá por los años del 20 al 24, en tanto "El Choteo", de Jiménez Rojo, que había aparecido con anterioridad no pudo hacer huesos viejos en la arena periodística.

Otros semanarios satíricos intentaron diversas aventuras y entre ellos debe citarse el de "Tiburón", que costó la expulsión del territorio, por extranjero pernicioso, al periodista Trinchet.

X X X

Cumplido este ciclo histórico, después de cerca de treinta años, al comenzar el gobierno de Machado, un vibrante periodista, panfletista de altos vuelos: Sergio Carbó, decidióse a publicar cada lunes, una revista humorística: "La Semana".

Con su portada en colores, con un estilo distinto, con ágil gracia y con agudeza cáustica, "La Semana" prontamente se adueñó del favor del público y en los inciertos días de la recia oposición contra Machado, constituían "La Semana" y los editoriales de Carbó un clarín guerrero de francas rebeldías.

En aquella campaña, dos valores jóvenes: el inolvidable Julito Gaunard y nuestro antiguo compañero, el aún inquieto Arroyito también contribuyeron corajudamente con su irreductible "Karikato" a ablandar con las fuertes armas del periodismo las que entonces se antojaban impenetrables defensas de una dictadura que, como todas las dictaduras, habría de derrumbarse más tarde o más temprano.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA